



NÚM. 3.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: Un número suelto 2 rs.; un mes 6 rs.; tres meses 18 rs.; seis meses 36 rs.; un año 72 rs.

27 DE ENERO DE 1868.

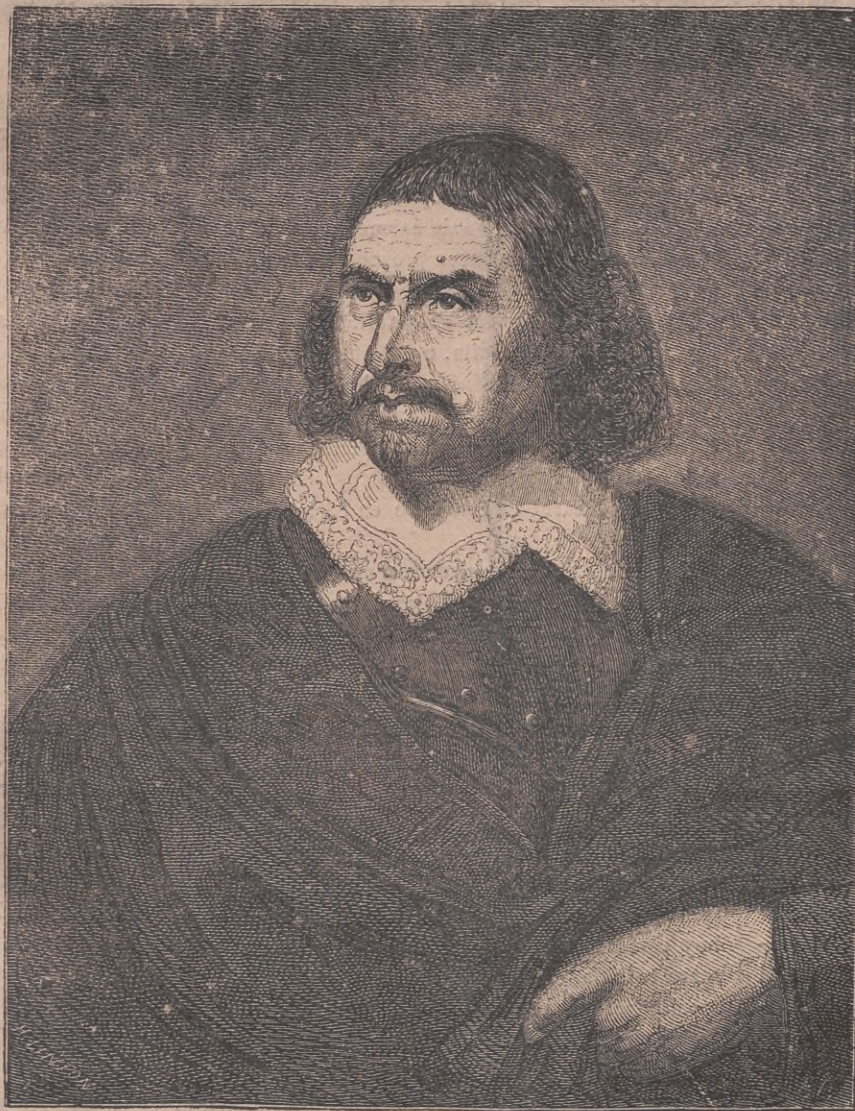
PROVINCIAS.—Tres meses 20 rs.; seis meses 40 rs.; un año 80 rs.—ULTRANAR Y EXTRANJERO; tres meses 30 rs.; seis meses 5 pesos; un año 6 pesos.

AÑO I.

TIEMPOS PREHISTÓRICOS.

LAS HABITACIONES LACUSTRES.

Nada en el orden de la naturaleza, como en el de los fenómenos intelectuales, ocurre inopinadamente; nada se realiza de una manera insólita, sin precedentes necesarios y fundamentos lógicos, sin una larga elaboración, que, no por ocultarse en sus procedimientos á la inspección de los sentidos, es menos real y efectiva. Decimos esto, á propósito de la arqueología prehistórica. Ciencia de ayer: estudio que apenas cuenta algunos años de existencia, podría creerse que era producto de la caprichosa moda, ó resultado del deseo de singularizarse, experimentado por algun atrevido innovador. Nada de eso: la arqueología prehistórica ha venido elaborándose lentamente á través de los siglos, y sólo cuando razon bastante hubo para ello, se afirmó como ramo particular de la ciencia; como tema concreto, de investigación, y de crítica. Oportunamente demostraremos los trances por que ha pasado esta nueva conquista del entendimiento humano, conquista que, en nuestro país, no alcanza la importancia que otros le conceden, como consecuencia del gran desarrollo que en ellos goza el estudio de las ciencias que tienen por objeto la



OLIVERIO CRONWELL.

naturaleza y el hombre. Basta á nuestro intento dejar consignado que la arqueología prehistórica no es una doctrina improvisada, un conjunto de teorías más ó menos hábilmente entretrejidas, sino una serie de hechos y de verdades, puestas fuera de toda controversia por la experiencia ayudada de la razón.

Aspira la arqueología prehistórica á explicar, en cuanto es posible, vários de los problemas relativos á los primeros pasos del hombre sobre la tierra. Cree haber abierto el camino que puede conducirnos á formar una idea de los esfuerzos hechos por la humanidad para sacudir la pesada carga de la ignorancia que sobre ella gravitaba; y, auxiliando las tendencias analíticas del siglo, pretende reconstruir la historia de los pueblos primitivos sobre bases positivas y filosóficas. Grande y nobilísima como es esta compleja aspiración, parece que, desde el momento en que se inició, debía haber hallado simpatías y apoyo en todas partes. Pero no ha sucedido así: el orgullo del hombre está á la altura de su ignorancia. Dominados por un exagerado amor propio, cuéstanos, casi siempre, gran trabajo el desprendernos de aquello que nos hemos asimilado y estimamos como firme é inconcuso. Inmolar un error en aras de la verdad, es para nosotros, á veces,

desvanecer una ilusion querida, y por más que la cosa no sea digna de gran estimacion, basta que la ilusion exista para que nos recreemos en el placer ficticio que nos produce.

Ruda ha sido la batalla entre los escasos mantenedores de la nueva ciencia y sus antagonistas. Un día la indiferencia, otro la incredulidad, luego la calumnia, más tarde las insidiosas aseveraciones; de todo ha habido en este combate, para justificar la máxima de que no se da en el mundo regeneracion de ninguna clase sin lucha, contradiccion y sacrificio. La Europa, el mundo entero, han visto, sin dar gran valor á sus esfuerzos, los trabajos que en pró de la verdad prehistórica hicieron desde Sloane y Esper, hasta Mahudel y Frere: desde Jussieu hasta Mongez, Buckland y Boué.

La ciencia oficial ha acogido, con la sonrisa del desden y de la lástima, las profundas investigaciones del ilustre Schmerling, lumbrera de la arqueología; y si Boucher de Perthes no sucumbió en la lucha que sostuvo defendiendo la autenticidad de la *mandíbula humana* del terreno cuaternario de Amiens, debióse, más que á otra cosa, á la concurrencia de causas fortuitas, que como pruebas decisivas vinieron á destruir radicalmente los nimios escrúpulos de sus impugnadores.

Pero no en balde se dijo que la razon concluye siempre por tener razon. Lució al fin el día en que los más recalcitrantes se confesaron vencidos. Lyell, Preswich, Rigollot, hasta el mismo Desnoyers, uno de los más inteligentes cuanto tenaces enemigos de la nueva doctrina, pasaron á alistarse bajo sus banderas, difundiéndose desde entónces por ambos continentes, cual luz esplendorosa que habia de esclarecer los horizontes de la más remota antigüedad.

No han contribuido poco á este resultado los sábios de la Suiza y los descubrimientos verificados en sus lagos.

La circunstancia de haber sido muy escaso en lluvias el invierno de 1852 á 53, hizo que durante el verano siguiente bajasen de una manera considerable las aguas del lago de Zurich, ocasionando el que quedara al descubierto una parte considerable de la superficie, ántes oculta bajo las aguas. La presencia en estos terrenos de ciertos objetos, al parecer resultado del trabajo humano, llamó la atencion de varias personas, y entre ellas de M. Keller, quien, con noticia de que en los sitios aludidos se veian como restos de estacadas, determinó emprender una serie de investigaciones, con el deseo de hallar la explicacion de aquel hecho, hasta entónces sumergido en la oscuridad del misterio. El éxito más feliz coronó las esperanzas del inteligente arqueólogo. Las excavaciones practicadas en el fondo del lago fueron una revelacion de inmensa trascendencia. M. Keller halló que aquellos montículos ó protuberancias, que formaban en parte el relieve del lecho de las aguas, eran efectivamente producto de la industria del hombre, conteniendo instrumentos y restos correspondientes á la segunda edad de la piedra (época neolítica) y á la edad del bronce, ó lo que es lo mismo, que las ciudades lacustres, que este nombre se dió desde luego á tales estaciones, contaban, por lo ménos, cinco ó seis mil años de existencia. El descubrimiento del palafito de Meilen, una vez conocido de los arqueólogos, fué objeto de laboriosas pesquisas, fijándose desde aquel momento la atencion de los hombres pensadores en las consecuencias que podrian sacarse de acontecimiento tan inesperado. M. Keller continuó las excavaciones durante los años 1854, 1858, 1860 y 63, y dió cuenta de ellas en las columnas de la revista titulada: *Mittheilungen der antiquarischen gesellschaft.—Zurich*. (Correspondencia de la sociedad de anticuarios de Zurich), con el epígrafe de *Pfahlbauten*, que vale tanto como, edificios sobre pilotes.

Al mismo tiempo, otro arqueólogo suizo, M. Federico Tröyon, emprendió, por su parte, trabajos análogos á los de Keller, y en el año de 1860 daba á

la estampa una obra titulada *Habitations lacustres des temps anciens et modernes*, en la que no tan sólo describió las estaciones descubiertas en los lagos de la Helvecia, sino que descendió á comparaciones y estudios históricos de la mayor oportunidad.

No fué la Suiza el único territorio donde se registraron monumentos tan curiosos. También se hallaron despues del descubrimiento de Meilen en el N. de Italia, en Alemania, en Francia, pero sobre todo en Escocia é Irlanda, donde son conocidos con el nombre de *cramnages*.

(Se concluirá.)
F. M. Tubino.

MADRID.

I.

No es un desahogo el presente artículo, escrito en nuestros momentos de melancolía; bien puede ser un ligero estudio, que nos hemos atrevido á hacer, y en el cual consignamos nuestras opiniones, sin pretension de género alguno. Amantes de la historia, idólatras del arte, hemos querido contemplar á Madrid de cierta manera, y de aquí la razon de este trabajo, que ya vió la luz pública en una de nuestras obras.

Desde que por un supremo cálculo político ó un deplorable error topográfico, eligió Felipe II á Madrid por su habitual residencia, y Felipe III por corte de España, Madrid, el seco, el raquítico, el arenoso Madrid, principió á chupar, como un inmenso pólipo, todo el jugo moral y material de la Península. Madrid comenzó por romper sus murallas, como un niño rompe sus juguetes, y se extendió por el Norte y Mediodía, dilatando sus alas de calles y de casas como un condor extiende las suyas en las regiones del viento.

Felipe II, ocupado en dominar el mundo, quedó fijo en Madrid, como una estatua real queda en pie en un sitio sagrado. Su sombrío y majestuoso pensamiento era bastante para protegerlo, y ni se cuidó de él, y ni siquiera quiso dejar una memoria de su nombre á la coronada villa.

Su existencia, negra unas veces y luminosa otras, se derramó por la Europa: su alma se encerró en el Escorial. El verdadero retrato de aquel rey, está allí.

¿Qué hubiera sido de Madrid, si Felipe II hubiese fijado su residencia en Lisboa? Si esto hubiera sido así, Madrid no existiría hoy tal vez; pero existiría una cosa más grande y más hermosa.

Los hombres grandes son propensos á tristes y pequeñas puerilidades.

Murió Felipe II, y vino Felipe III. Del padre al hijo hay una distancia infinita, un abismo sin fondo, una inmensidad como del zénit al nadir. El primero es sol, el segundo es un astro sin luz propia; el uno es el fuego, el otro la nieve. La transicion es violenta, ruda, casi inconcebible.

Por eso Madrid se convierte en corte en tiempo del hijo.

Un error geográfico hizo creer que Madrid estaba en el centro de España, y de aquí el acontecimiento. El centro de Madrid era el rey. El corazon de toda la Península, era el corazon de Felipe III.

Entónces fué necesario fijar la vista en cosas que parecían de un orden secundario, pero que lo eran de una importancia imprescindible. Era preciso que la corte fuera corte.

Y lo fué.

Madrid no tenía aguas, y las tuvo. Para la poblacion de entónces, con cuatro fuentesillas se salió del paso. Madrid tenía una plaza allá en un rincon de la hoy olvidada calle de Segovia, plaza que se conserva todavía, como un recuerdo digno de alta memoria; pero el rey construyó la Plaza Mayor, con torres angulares, portales bajos y oscuros, y casas de regular apariencia.

Esto fué lo más grande que concibió el monarca austriaco.

II.

Algunos años despues, aquella plaza se quemó; la reconstruyó Felipe IV, y le dió más belleza Carlos II. Sin embargo, la Plaza Mayor aún todavía huele á dominacion austriaca. Aquel inflexible cuadrado de piedra cerrado con arcos; aquellas paralelas de los tejados, coronadas con barandillas; la casa de Panadería con sus portales siniestros, todo eso tiene para nosotros algo que nos mortifica.

Quitadle los faroles de gas que la alumbran, la cáscara de cal que la embellece, la estatua del rey, que la afea, los jardines que la rodean y el círculo de adoquines del pavimento que la encierra; quitadle estos accesorios, y la Plaza Mayor se convertirá en la plaza del siglo XVII, oliendo á humo, apestando á autos de fé, y á damas y beatas trasnochadas, esperando las unas á sus galanes, y las otras el espectáculo de los herejes y de los relapsos.

Como Madrid no habia sido una poblacion feudal, carecia de esos monumentos que se perpetúan á través de los tiempos, y que dan respeto á las cosas y á los edificios. Madrid lo habia perdido todo, si algo habia llegado á tener, ántes de la dinastía austriaca. Contaba con su alcázar, residencia de paso de los castellanos reyes, que iban y venian de Toledo á Búrgos, y de Búrgos á Sevilla y de Sevilla á Segovia, siempre con la espada levantada. No creemos que tuviera más.

¿Y qué más podria apetecer un pueblo murado, cuyo perímetro apenas llegaba á Puerta Cerrada por un lado, y á la Encarnacion por otro extremo? Madrid no era, ni podia ser, otra cosa sino un grano de arena sobre otro grano de arena; un punto de escala más bien que de descanso, para los soldados que pasaban de la vieja tierra de Castilla á las llanuras de la Mancha ó á la orgullosa y antigua corte de los godos; una estacion melancólica, helada en el invierno, abrasada en el verano, que abria y cerraba sus puertas como un centinela cierra y abre sus ojos, sin pensar en ser una corte de una nacion que hubo de tener su cabeza en Italia, sus brazos en Flandes y en Alemania, su corazon en España, y sus piés en América. ¡Micrómegas gigantesco, que necesitaba dos mundos para que le sirviesen de lecho!

Pero Madrid era un pueblo que tenia sus pretensiones de hacerse grande. Cuando Alfonso VI pasó por él, mejor que lo conquistó, ya llegaba con su cinto de murallas por un lado á los puntos que hemos indicado, por otro á la Cava de San Miguel, donde estaba la puerta de Guadalajara, y por la parte de arriba á la puerta de *Bab-el-Nadur* (puerta de las Atalayas), que venía á caer, sobre poco más ó ménos, adonde hoy existe la calle del Espejo.

Tal era el Madrid árabe, el Madrid que aparecía vestido de turbante y armado de cimitarra, ese Madrid pequeño, que es mirado por Alfonso VI como una lenteja es mirada por un águila. ¿Queda algo de aquella dominacion? Como no sea la amposta barnizada, charolada, modernizada, que aún aparece en pie en el antiguo cubo de la Almudena, no sabemos qué otra cosa exista. Dicen que hay algun rastro árabe hacia la parte Sud-Oeste de la poblacion, pero confesamos que no hemos descubierto ese rastro. ¿Queda algo de la dominacion de Alfonso VI? La raquítica iglesia de Santa María. San Miguel de la Sagra desapareció; esta iglesia está enterrada bajo los muros de piedra del alcázar real. ¿Dónde están las torres de *Nariques*, del *Pozacho* y de *Gaona*? Preciso será buscarlas en las antiguas leyendas, en los envejecidos códices y en los sueños orientales del maestro Juan Lopez de Hoyos, que con una candidez del siglo XVII, atribuye su origen á la época de Nabucodonosor.

(Se continuará.)
T. Tarrago y Mateos.

LOS CASAMIENTOS EN CHINA.

Persuadidos los chinos de que el éxito bueno ó malo de un negocio depende especialmente de la es-

tacon en que se lleve á cabo, creen á piés juntillos que un matrimonio, que es uno de tantos negocios, debe verificarse, para ser feliz, en los primeros meses del año, cuando las flores del albérechigo abren su cáliz. Una cancion china, inserta en una obra titulada *El Libro de las odas*, dice tambien relativamente á este punto: «¡Oh, albérechigo, hijo de la primavera y adorno de los jardines; tu belleza me encanta, tus tiernas hojas son de un verde hermoso, y tus frutos esparcen un suave perfume, del mismo modo que la dulce y virtuosa desposada esparce gracia y encanto dó quiera que se presente!»

La celebracion de los matrimonios varía mucho, segun las ciudades y las provincias del Celeste Imperio. En Canton, en Nankin y en Fou-kian son diferentes. En otras partes de la China, las mujeres no salen nunca descubiertas, en especial si son solteras; así que los jóvenes pasan mil apuros para elegir con acierto esposa, pues tienen que servirse de un casamentero ó intermediario.

Las ceremonias que se hacen en Shang-Hay difieren de las demás provincias, y son muy entretendidas.

El pretendiente envia su padre ó hermano mayor á casa de los padres de la joven solicitada para saber si consienten en el matrimonio. Si la proposicion es bien recibida, vuelve el casamentero algun tiempo despues á informarse del año, mes, dia, y á un hora en que vino al mundo la joven. Provisto de estos datos, á los cuales añade los del nacimiento del pretendiente, este se vá á casa de un brujo ó adivino, que en China llaman «revelador del porvenir», quien decide si sus astros están acordes ó se contrarian; en el último caso, se rompe el trato, y no hay nada de lo dicho; pero en el primero, el joven, despues de haber hecho conocer las respuestas del adivino, vuelve á enviar á su intermediario con presentes para la doncella, que consisten en un alfiler de oro para los cabellos, un par de pendientes y otro de brazaletes de oro ó de plata, algunos paquetes de té, una cantidad pequeña de seda verde y roja, y cuatro barritas de plata, de las que cada una vale por lo ménos cuatro dollars.

La desposada regala á su vez algunas prendas finas, hechas y bordadas por ella, tales como un pañuelo, una bolsa, una petaca, ó una caja para el abanico; los padres acompañan este regalo de una carta roja, en la que se halla escrito su consentimiento. Entónces se designa el dia favorable á la presentacion de los regalos de boda, que son: ocho ó diez libras de té verde y rojo, dátiles, vestidos, alhajas y una suma de dinero, que varía desde 32 á 2,300 dollars, segun la posicion de la desposada. Esta última hace venir la víspera á un cura de la secta *Tao*, y le suplica implore por ella la proteccion del dios que preside la familia, *Ka-Doug*; del dios que preside la casa conyugal, *Tsava-Keun*; del dios que protege la ciudad, *Zung-Wang*, y del dios que proteja el barrio de la ciudad, *Tu-Ti*, en donde haya de habitar la nueva pareja. Al dia siguiente del casamiento se ofrecen los regalos á la desposada, y los padres de ésta envian al joven casado uno de los pedazos de seda con la fecha del año, mes, dia y hora en que haya nacido su hija, todo esto bordado con hilo de oro. Los pobres, en lugar de seda y oro, se sirven de papel rojo.

Segun refiere un misionero, en uno de sus viajes á la China, el dia de la boda se reunen en casa del novio sus amigos para ir á buscar á la novia, y le llevan con gran ceremonia de quitasoles, semejantes á los pálios, banderas y otros emblemas, como si fuera el pomposo cortejo de un mandarin. El casamentero abre la marcha, seguido de dos porta-linternas, maceros, que diríamos aquí, y de una banda de música. A estos les siguen: un hombre que hace sonar continuamente unas campanillas, un macho cabrío blanco con el pelo espolvoreado con cochinilla, un pato ó ganso tambien blanco, varios mozos cargados de vasos con frutas y otros objetos para la

familia; el palanquin ó litera destinada á la novia, adornada con flores y conducida por cuatro criados, acompañados de cuatro maceros y de dos doncellas de honor; y, por último, los amigos de la novia, cuyo número se eleva algunas veces á cincuenta, llevados tambien en palanquin. Por este medio, y siguiendo la misma ruta, hace llegar el novio el traje de boda de la novia, que es de satén rojo, y el prendido que consiste en una hoja de carton dorado formando una diadema adornada de piedras falsas y una especie de ave fénix de oro que ostenta una larga cola de seda roja, lo que hace parecer á la desposada uno de esos ídolos de las pagodas chinas cuando los visten de dia de fiesta.

Este singular cortejo se detiene delante de la habitacion de la joven; pero los criados han hecho ya precipitadamente una barricada, y no abren la puerta sino mediante una fuerte retribucion. Entónces la desposada se arroja á los piés de sus padres, les dá las gracias por los cuidados que la han dispensado, y se coloca en el palanquin que le traen de casa del novio, en tanto que su familia lanza gritos lastimeros, como si se tratara de un entierro. La misma joven lanza tambien en el camino estas exclamaciones lastimeras, que no cesan hasta que llega á casa de su novio. Detienen entónces el palanquin, y la desposada, conducida por las doncellas de honor, se adelanta, pisando una alfombra de algodón azul, destinada á preservar sus diminutos zapatos de satén de color de rosa, hasta la sala de aparato donde espera la sociedad. A una señal dada, la pareja se prosterna con el semblante vuelto hácia la puerta, y adora el espíritu protector del hogar doméstico. Entre tanto las jóvenes han reunido dos trozos de seda, uno verde y otro rojo, tomando el esposo el extremo de la cinta verde, y la esposa el de la cinta roja. Desde entónces sus destinos están unidos, y para indicarlo se arrodillan el uno frente al otro. La mesa está cubierta de ofrendas para los «señores celestes», los esposos se sientan á ella, y los convidados les presentan á cada uno una taza llena de *aoak*, que mezclan y beben ambos; las doncellas de honor conducen á la pareja á otra habitacion, donde tocan música, y se les hace beber otras dos ó tres tazas más. La reunion no se separa de ellos hasta las dos de la madrugada. La mujer se queda entónces en casa del marido, en la que permanece el primer mes de su matrimonio sin salir á la calle. Al cabo de este tiempo, ya puede visitar á sus padres y salir á paseo, pero con muchas precauciones, algunas más de las que se toman en Europa.

F. Hernando.

NOVÍSIMO DICCIONARIO DE LA LENGUA.

C.

Caballero. El que la ropa—se manda hacer por Utrilla,—y usa cuellos de tirilla,—guante y sombrero de copa.—Mentir no quiere mi labio,—á esto se reduce hoy dia—toda la caballería,—segun el dicho de un sábio.

Cabeza. Cuelga-sombreros,—gran almacén del meollo;—tesoro, cuando es de pollo,—que explotan los peluqueros.—Para algunos es la cumbre—donde el sol sin nubes brilla;—para muchos es buhardilla—donde no se enciende lumbre.—Lugar en que el pensamiento—del hombre sábio se encierra,—y, segun Narciso Serra,—el alcázar del talento.

Cadena. En la pierna, hoy dia,—falta implica de virtud;—en el cuello, esclavitud;—en el reloj, tontería.

Caja. La usa el fosforero;—pero es lo más regular—usarla para enterrar—á los hombres y al dinero.

Calabaza. En singular—la palabra se reduce—á un fruto, que se produce—aquí, como en Gibraltar.—En plural, nada de asombros,—lo que los amantes prueban,—y el aparato que llevan—algunos sobre los hombres.

Calderilla. Ruin moneda.—La única que á España queda.

Caldo. Un agua cristalina,—á pesar del cocimiento;—otras veces alimento,—y no pocas, medicina.—Líquido tan singular,—segun un dicho pregonero,—que si es caldo de patrona—sirve para cristianar.

Calendario. Un cronicon—que se publica y se

vende,—y que el santoral comprende,—y se agota la edicion.—Fúnebre, fatal partida—de lo que fué y lo que resta;—obra que cada año cuesta—una porcion de la vida.

Calva. Triste dispersion—del pelo, y su conclusion—por várias causas ignotas.—Origen de la invencion—del aceite de bellotas.

Cama. Sitio que convida—al descanso y la pereza,—y en síntesis admitida,—es donde empieza la vida—y donde la muerte empieza.

Camisa. Prenda precisa,—que tiene cuello, faldones—y puños, ó es larga y lisa...—¡quién pudiera ser camisa—en más de cuatro ocasiones!

Canto. Parte de un poema—y parte de un empedrado:—el segundo algunas veces—es más que el primero blando.

Cañon. Un arma potente,—que es de la fuerza expresion—y el espanto de la gente:—la razon más elocuente—de la civilizacion.

Capital. Toda riqueza—dedicada á producir:—puede no serlo un millon—y serlo un maravedí.

Cara. La parte anterior—de toda humana cabeza;—signo en muchos de belleza,—y en muy pocos de pudor.—Expresa á veces la calma—de satisfaccion secreta—y otras, hermosa careta—es de lo horrible de un alma.

Caracol. Bicho rastrero,—que á toda clase de fiestas—conduce su casa á cuestras,—por no pagar al casero.

Caridad. Virtud, ó sea—la pública ostentacion—que se hace, con la intencion—de que la gente lo vea.

Carta. Papel, en que á veces—la dicha se comunica;—otras la verdad se explica—y otras se escriben sandeces.

Casa. El hogar alquilado,—que nadie ocupar rehusa,—y donde un sábio ha notado,—que lo que ménos se excusa—es el lugar excusado.

Casaca.—Prenda en el dia—de muchísimo interés:—volviéndola del revés—es casi una lotería.

Casamiento. Seductora—sirena, cuyos manejos—todo casado deplora,—que atrae al que se halla lejos—y al que está cerca devora.

Casero. El fiero animal,—que al mundo expofeso vino—con la mision especial—de esprimir al inquilino—su hacienda real sobre real.

Cataplasma. Así se llama—una blanca medicina,—que al enfermo se propina.—A veces la suple un drama.

Celos. Mal imaginario—de bien fácil curacion:—los mata la posesion,—los alivia el calendario.

Censor. Quien en mala prosa—critica con tono grave...—Criticar, cualquiera sabe:—escribir, ya es otra cosa.

Cero. Una cifra ovalada,—retrato á veces del hombre:—emblema, imágen y nombre—de la misteriosa nada.

Certidumbre. Aunque se acuda—á su defensa, imagino—que es su mision de asesino,—pues hace morir la duda.

Cesantía. Es un fiambre—político, y no os asombre,—que le dá derecho á un hombre—para morir de hambre.

Chato. Reputan las gentes—por tal, con frase bromista,—á todo el corto de vista,—que no puede gastar lentes.

Ciencia. La demostracion—de una verdad ignorada:—la riqueza no apreciada;—el fruto de la razon.—Segun autores severos,—ciencia es una cosa extraña,—que al que la tiene en España,—sirve para andar en cueros.

Cigarro. Vicio ó desliz—del hombre, que le provoca—á que aspire humo su boca—y lo eche por la nariz.

Claque. Cuerpo que dá horror—á los progresos humanos.—En el teatro es de rigor—la lógica de las manos—para que salga su autor.

Cobarde. El hombre robusto—que ignora lo que es denuedo,—que enfermar suele de miedo—y muere por fin de susto.

Cobre. Metal que en moneda—se vé y en los cambios pasa:—el único que me queda—á fin de mes en mi casa.

Coche. Carruaje severo—en lo antiguo, conducido—por un buen tronco, y servido—por un lacayo y cochero.—Hoy por un tordo ó un bayo—es tirado, y con horror,—de lacayo hace el señor—y de señor el lacayo.

Cochero. Por otro nombre—*simon*, si no es de marqués:—el término medio es—entre los brutos y el hombre.

Cólera. Furor no escaso—(con perdon de la Academia).—Es tambien una epidemia,—que convierte al hombre en *caso*.

Color. En el arte ha sido—prenda de inmenso valor:—á un pintor he conocido,—que no tiene buen color—porque tiene *color ido*.

Comercio. Industria excelente,—que se reduce, y no es cuento,—á saber vender por ciento—lo que se compra por veinte.

Concha. La tiene, á mi ver,—quien apunta una funcion:—es de la ostra habitacion,—nombre comun de mujer—y apellido de varon.

Conquistador. Ser que abriga—no muy sanas intenciones,—que se apropia otras naciones,—y á quien la ley no castiga.—De él dijo en sus mocedades—un poeta que fama goza:—«Más vale hacer una choza—que destrozár mil ciudades.»



S. A. TRAM

Ferro-carril de Andalucía.—Paso de Despeñaperros.



Escuadra blindada francesa.

Convento. Desde remotos—tiempos motivó mil quejas,—pues de la razón devotos,—si rejas ¿para qué votos?—si votos ¿para qué rejas?

Coquetería. Manía,—hoy muy generalizada,—que á la mujer auxilia—para tender la redada,—y á su perdición la guía.

Corazon. La ciencia dió—á una víscera este nombre,—y añadir pretendo yo,—qué es la cuerda del reló—de la existencia del hombre.

Corsé. Prenda que al fingir—en el cuerpo una medida—no sabe que al reducir—el talle, quiere, atrevida,—al mismo Dios corregir.

Costilla.—La mejor obra—que en la creación resalta—y entera importancia cobra,—pues de solteros nos falta—y de casados nos sobra.

Credencial. La meta extraña—de todo buen español;—á quien la ambición engaña.—Cuchara para el perol—del presupuesto de España.

Cruz. Signo del cristianismo,—emblema de redención,—donde murió por el hombre,—bendiciendo al hombre, Dios.—Hoy la lleva la coqueta,—sobre el seno sin pudor—y en el frac algunos hombres,—cual orgulloso pregon.—Mas, no es cruz la que el artista—con piedras y oro formó;—sino la que el buen cristiano—adora con fe y amor,—la que protege la tumba—del que la tierra dejó,—la que hace el niño en su frente—al toque de la oración!

Cuarteta. Lo que un poeta—fácilmente puede hacer...—Concretando, es la cuarteta—lo que acabais de leer.

(Se continuará.)
M. Ossorio Bernard.

ANA LA LIEBRE,

—
POR
TORCUATO TÁRRAGO.

(Continuación.)

III.

Apuntes biográficos de una muchacha que no parece fea.

La niña de los dorados cabellos se llamaba Ana.

Hija de Pedro Avellan y de María Fernandez, Ana era una muchacha mala entre las malas, y traviesa entre las traviesas.

Sus padres no tenían más que esta hija, y la adoraban. La hija no tenía más que á sus padres, y se moría por ellos.

Pedro era el labrador más importante del barrio. Tenía casa propia, casa de verdadero labrador, con un gran patio cubierto de un parral, con buenas cuerdas para sus cuatro pares de mulas y sus dos yuntas de bueyes, con anchas bodegas y con excelentes graneros. Pedro, además, era honrado entre los honrados y María, su mujer, siguiendo las costumbres patriarcales de la gente antigua, era una pequeña providencia, que repartía mucho á los pobres.

Pedro pasaba la vida en el campo. No trabajaba; para esto tenía seis ó siete mozos; pero dirigía admirablemente sus negocios. Sembraba á su tiempo, abonaba á su tiempo, y todo lo hacía á su época y sazón. Los frutos que recolectaba siempre estaban en armonía con su vigilancia y esmero.

María, su esposa, pasaba la vida en la casa. Ella administraba sabiamente lo que su marido introducía por las puertas de la misma; el grano, el vino, las patatas, el cáñamo, el lino, las verduras, el aceite; ella le daba á todo la más equitativa distribución, y de aquí el que siempre reinase allí la alegría y la abundancia.

Ana, su hija, pasaba la vida en la plazuela. Ana, que ni tenía cuidados de campos ni cuidados de casa, sólo pensaba en jugar. Era de tal naturaleza, que jamás se cansaba; en vez de andar, corría; en vez de correr, saltaba. Como siempre estaba en un movimiento continuo, en una carrera constante; como siempre estaba saltando y subiéndose á todos los vericuetos, las vecinas del barrio principiaron á llamarla Ana la Liebre, buscando la semejanza que tenía con este animal, y el apodo de la Liebre fué conquistándolo de tal modo, que más que liebre debiera habérsela llamado ardilla.

Por lo demás, Ana era la alegría del barrio. Su madre la tenía siempre vestida como se viste á una hija única que se quiere mucho. Tenía derecho para entrar en todas las casas y trastornarlo todo, poniendo lo de abajo arriba y lo de arriba á bajo.

Ana estaba siempre al sol cuando había sol, á la lluvia cuando había lluvia, á la nieve cuando había nieve, y á la sombra cuando había sombra. Su misión era la del pájaro; llevar y traer; su destino era, ya lo hemos dicho, el de la liebre; estar siempre corriendo.

Así llegó á los doce años. Esta edad aumentó en

ella su belleza y su estatura, pero no sus inclinaciones.

Ana la Liebre, siguió corriendo, jugando y alborotando el barrio.

El bueno de D. Anselmo, el beneficiado, cuando volvía de su paseo vespertino, solía decir á Ana, cuando esta se plantaba en dos saltos delante de él para besarle la mano:

—Muchacha, es menester que sientes la cabeza; pronto vas á ser una mujercita.

Pero la mujercita, á pesar de estos consejos, siguió corriendo y saltando.

Así llegó á los catorce años.

A esta edad ocurre por lo regular una transformación completa en la organización de las mujeres. Es la edad en que la flor entra en la vida: en que el capullo se abre; en que la rosa amanece cubierta de rocío. Ana, siguiendo las leyes de la naturaleza, experimentó esa transición de color de cielo, en que la niña se convierte en mujer; en que la mujer principia á adivinar los dulces misterios de la juventud, pero no por eso dejó de correr y de brincar, pero con cierta graciosa coquetería, que aumentaba naturalmente sus encantos.

Como ya no podía, si es que esta palabra puede admitirse, jugar como una chiquilla y hacer ciertas cosas de niña, se contentaba con jugar al Con-corron-con ó bien á la Pernia, que es otro juego caprichoso de las muchachas del país. Y como en este juego de la Pernia era ligera como una ardilla y risueña como una fuente, era claro que Ana no perdía su bonito sobrenombre, por más que ya no fuera la niña de épocas anteriores.

En este estado, y cuando su corazón iba experimentando la transformación de sentimientos que trae de suyo la edad, fué cuando un día reparó en Rafael Alvarez, el cual, encaramado en su terrado, miraba unas veces al Perrone, otras á las moscas y otras á las muchachas.

¿Qué pasó de resultados de haberse cruzado en el espacio la mirada de estos dos jóvenes.

Esto merece capítulo aparte, y por lo tanto, ponemos punto final á este.

IV.

Cuestión de matemáticas.

Conocemos la fuerza de un caballo á la carrera.

Conocemos también la de un toro cuando embiste en medio del circo.

Sabemos hasta dónde alcanza el empuje de un dromedario, levantando sobre su lomo todo el ajuar de una familia árabe.

Sabemos también hasta dónde llega la resistencia de un elefante, llevando sobre sí toda una torre de guerra con sus respectivos combatientes.

Está graduada la fuerza de un torrente desbordado.

Hoy se sabe á punto fijo la cantidad de violencia que tiene la catarata del Niágara.

También se sabe la del Vesubio en una de sus explosiones.

La del huracán en una de sus sacudidas.

La del vapor, en cualquiera de sus experimentos.

La de la electricidad en medio de las tempestades.

Todo esto está graduado, pesado, analizado y comprendido por la ciencia; desde la fuerza bruta hasta la fuerza de los elementos; pero lo que todavía no se ha podido comprender, ni analizar, ni pesar, ni graduar, es la fuerza que llevan dos miradas que se buscan, se chocan y se encuentran en el espacio, acaso para darse un beso, tal vez para engendrar una esperanza.

Los sabios y los filósofos han tenido que doblar la cabeza ante esta fuerza inmensurable que existe en el corazón humano y se desarrolla á través de la retina de los ojos.

Esto así, cuando por primera vez, y subrayamos esta frase con toda intención, cuando, por primera vez se vieron Ana y Rafael, sintieron toda esa fuerza impulsiva, que ni tiene límites, ni tiene graduación posible: se vieron de un modo diverso de como hasta allí se habían visto; se adivinaron de otra forma; se comprendieron bajo otro sentimiento.

Y de este modo, Rafael desde su terrado y Ana desde la plazuela, se miraban á hurtadillas, con timidez, pero con esa timidez extraña que siempre quiere estar puesta á prueba.

Y aquel tiroteo de ojos duró quince días; quince días en que Rafael se puso más delgado y amarillo, y en que Ana se puso más encarnada y más bonita.

¿Por qué en aquellos días ni tenían valor para hablarse, ellos que se habían criado juntos, ellos que habían jugado á todos los juegos conocidos, y que se trataban con esa familiaridad de niños, que jamás se pierden por más que los años tengan siempre la triste misión de borrar todo lo pasado?

Que conteste quien quiera á esta pregunta. Nosotros narramos, sin meternos á analizar, y por lo tanto, dejamos la respuesta al prudente juicio de nuestros lectores, y más aún, á la aguda penetración de nuestras lectoras.

Fuera lo que fuera de aquellas miradas, es lo cierto que Rafael no comía lo que acostumbraba comer, y Ana no saltaba lo que acostumbraba á saltar. Verdad es que en aquellas miradas había algo de insólito y extraordinario; que allí había algo de tempestad y algo de invisible; que allí había un alfabeto desconocido, en que los dos querían leer, pero todavía no habían encontrado la clave para descifrar aquel abecedario, y los dos permanecían mudos, indiferentes en la apariencia, más indiferentes que en tiempos normales.

¿De qué modo se descifró aquella página de la existencia de Rafael y de Ana?

Diremos como el Tasso en su *Jerusalén*:

Ten ¡oh musa! la bondad de revelármelo.

(Se continuará.)

OLIVERIO CRONWELL.

Cronwell, cuyo retrato hoy publicamos, nació en Huntingdon el 25 de Abril de 1599.

En el año 1628 fué elegido diputado por D'Ely, y en 1640 por Cambridge. En esta última época se pronunció abiertamente contra la monarquía.

Posteriormente, en 1653, destronado Carlos I, fué elegido protector de la república de Inglaterra, Irlanda y Escocia.

Cronwell, murió el 3 de Setiembre de 1658.

Hay escritas acerca de este personaje muchas obras, en que se le estudia y define políticamente.

Víctor Hugo tiene también un drama titulado *Cronwell*.

PASO DE DESPEÑAPERROS.

La gigantesca obra terminada por la empresa del ferro-carril del Mediodía, para dar paso á la locomotora por el centro de ese imponente desfiladero conocido por *Despeñaperros*, y que nuestro grabado representa fielmente, merece ser admirada por cuantos pueden apreciar las dificultades inmensas de esta clase de trabajos.

CASCADA DEL NIÁGARA.

La lámina que con este título publicamos, da exacta idea del peligrosísimo ejercicio del célebre funámbulo Blondin, quien, con riesgo inminente de su vida, ha pasado en ocasiones diversas dicha terrible catarata, recorriendo la distancia sobre una maroma, y llevando además sobre sus hombros otro compañero en tan peligrosa excursión sobre el abismo.

REVISTA DEL EXTRANJERO.

RESUMEN. ¡Hambre!—Caridad de Napoleón III.—Movimientos revolucionarios en Nápoles.—Menabrea y Rattazzi.—Explicaciones de las Tullerías á Italia.—Alianza austro-prusiana.—Cuestión de Alabama.—Revolución peruana.—La Patti.—Crema de trufas.—El ladrón descubierto.

Con verdadera tristeza, con dolor en el alma, tomamos hoy la pluma para transmitir á nuestros lectores el resumen de las noticias recibidas del extranjero durante la última semana.

Una cuestión más que política, social; cuestión importantísima, cuestión de la mayor trascendencia, cuestión de vida ó muerte, se agita hoy en casi todas las naciones de Europa y aun en América.

El hambre, esa plaga horrible, esa tremenda que todas las enfermedades epidémicas, llama á las casas en las poblaciones grandes y pequeñas, y á las chozas de los campos.

En Francia, en Inglaterra, en Rusia, en Prusia, en la Argelia y en los Estados-Unidos se mueren de hambre centenares y miles de personas, estando expuestos á perecer millones de infelices, víctimas del hambre.

Con este triste motivo, exclamaba un periódico de allende el Pirineo: «En presencia de tales calamidades, la razón se turba, sangra el corazón, y se pregunta uno si no existen medios de evitar ó combatir la terrible plaga, y si la tierra no es bastante rica para alimentar á todos sus hijos...»

Los hombres políticos no han dado hasta ahora con los medios seguros é infalibles para evitar este mal; pero la estadística y la geografía demuestran claramente que la tierra podría mantener á todos sus hijos, si estos supieran y quisieran poner de su parte lo necesario para conseguirlo.

Aun sin suponer más población total en el globo terráqueo que 800 millones de habitantes, y próximamente 4.270.000 leguas cuadradas de extensión á la parte de tierra, se verá que, descontada la superficie inhabitable, queda todavía para cada individuo una considerable porción de terreno productivo.

No hacemos mención de los resultados que dan la industria, el comercio y todos los ramos que hacen aumentar el valor del suelo, porque estos productos mayores, se podrían considerar equilibrados con el mayor número de necesidades y exigencias.

Después de todos los cálculos y reflexiones, resulta, sin embargo, la tristísima verdad de que hay infinitas personas que mueren de hambre, y esto desconsuela.

El rasgo más notable de caridad que se refiere, es el del emperador de los franceses, desempeñando las ropas y enseres de invierno de las clases pobres, para que, vueltos á manos de sus infelices dueños, puedan hacerles más llevadera su actual existencia. Este rasgo, al mismo tiempo que es caritativo, es político en extremo.

Pasando á otro linaje de noticias, diremos que, según el telégrafo y las correspondencias de Italia, se preparaban movimientos insurreccionales en Nápoles, con tendencias favorables á la última dinastía, cuyo jefe, Francisco II, habita en Roma, desde donde alienta á sus parciales. Hasta ahora no pasa de rumores esta importante cuestión.

Entre lo mucho que se habla de las cosas de Italia, se ha dicho estos días que el gabinete Menabrea no estaba muy seguro, y que tal vez le sustituyera un ministerio Ratazzi: que el gobierno francés ha enviado al italiano una nota con satisfactorias explicaciones sobre la cuestión romana, cuyo documento quita casi toda su importancia al ya célebre *jamás* de M. Rouher; y, por último, que M. de Bismark y M. de Beust tienden á que Prusia y Austria concluyan una alianza todo lo más estrecha posible.

La verdad de todo esto quede en su punto, fijado por el tiempo, según la frase del poeta.

Del continente americano recibimos noticias también poco gratas. Los Estados-Unidos están para romper sus amistosas relaciones con Inglaterra, á causa de la cuestión del *Alabama*, fuego que aún guardan las cenizas que produjo la inmensa hoguera de la guerra civil americana.

El Perú sigue siendo presa de la revolución, que allí es una verdadera hidra, más temible que la de la fábula. El presidente Prado apenas cuenta con alguno que otro departamento que permanece fiel al gobierno constituido. Esta es la constante historia de las vicisitudes políticas en la república peruana.

En nuestra anterior revista dimos una triste noticia á los *dilettanti*: la de la enfermedad del cisne de Pessaro.

En cambio hoy tenemos que consignar otra, muy agradable para los amantes del *divino arte*: la Patti no se nos casa ya con el joven marqués de Caux, y digo *nos*, porque yo, que soy apasionado por la música, me había acostumbrado á considerar á Adelina como una joya musical, patrimonio de todas las naciones civilizadas del mundo, y en tal concepto, de los que nos entusiasman al escuchar los acentos del ruiseñor de España.

No todo ha de ser poesía y arte, en el verdadero sentido de la palabra; también hay *artes* que merecen nuestro recuerdo, y uno de ellos es el *arte de cocina*.

Si es cierto, como dice Brillat-Savarin, el célebre legislador de la gastronomía, que la invención de un nuevo plato importa más á la humanidad que el descubrimiento de un astro, el nombre de M. Lafont-Robert, farmacéutico en la Gironde (Francia), merece figurar en el templo de la fama por cima del de los Leverrier y los Arago.

El gran farmacéutico, según dice la *Crónica de Liorna*, acaba de resolver un problema que hasta ahora se tenía por insoluble.

Ha encontrado el medio de destilar la trufa, recogiendo su delicioso perfume y concentrando el alcohol que encierra. Así ha logrado componer un licor, verdadero elixir de Perigord, al que ha bautizado con el pomposo y significativo nombre de *Crema de trufas*. Los gastrónomos están, pues, de enhorabuena.

Una anécdota para concluir; pero anécdota verdadera, que hemos oído referir á un amigo nuestro, recién llegado de la capital de Francia, donde, según nos ha dicho, se están cometiendo diariamente multitud de robos, á consecuencia del estado de carestía y miseria que reina en el vecino imperio.

Parece que un tal X..., que rendía culto á Mercurio (y no en el comercio), fué sorprendido cuando ejercía su no muy honrada profesión. En tal punto, huyó, desapareciendo á las miradas de los agentes de policía.

Seguros estos de que no había salido de la casa, fueron con el portero á registrar todas las habitaciones; por fin entraron en la última, que era una alco-

ba, y vieron un niño como de cuatro años, que jugaba tranquilamente en el suelo, y en la cama un hombre, que supusieron ser el padre del niño, acostado y perfectamente cubierto con las sábanas; al parecer dormía profundamente, porque estaba roncando con fuerza.

El portero y los agentes iban á retirarse, cuando el niño les gritó, señalando con su manecita al que roncaba tan estrepitosamente.

—¡Ese no es papá!

Acercáronse á la cama, levantaron las sábanas, y cogieron al ladrón, que se había ocultado allí, y que, sin el niño, hubiera escapado indudablemente á la persecución de la justicia.

A. Avilés.

REVISTA DE MADRID.

Presentóse en una reunión de músicos cierto prójimo filarmónico, llevando bajo del brazo una caña por todo instrumento, y con el propósito firme de tomar parte en el concierto que aquellos se preparaban á dar. El dueño de la casa en donde tenía efecto la citada reunión artística, no apartaba ojo del intruso aquel, cuyo instrumento no acertaba á comprender cómo podría emplearse.

Dió principio el concierto, y nuestro hombre se colocó entre los músicos, aplicó la caña á su boca, y con gran prosopeya y no menos fuerza, dió en soplar á pulmon batiente, como si dijéramos.

El receloso Mecenaz, que cada vez más se preocupaba con la sombría actitud del advenedizo, púsosele al lado, sin otro fin que el de percibir, siquiera sólo fuera una vez, el sonido de aquel extraño instrumento.

Aplicó el oído repetidas veces, y... nada; la caña estaba muda. El hombre soplabá sin tregua. Convencido al fin el buen señor de la superchería de que había sido víctima, suspende el concierto, lánzase sobre el soprador, que no cesaba, y le dice:

—¡Homtre, qué instrumento es ese? ¿A qué viene usted aquí con eso, que no suena?

—¡Que no suena! repuso entónces el de la caña: ¡ya lo creo! ¡Pues si esto sonará!!! ¡Entónces dónde irían á parar todos los instrumentos conocidos!

Lo mismo que de la caña se nos ocurre decir á nosotros de las ordenanzas municipales. Quien quiera que las haya leído una vez, se habrá convencido de que no les falta nada, que todo allí se ha previsto, que todo, absolutamente todo, es en ellas útil, conveniente y agradable; pero... aquí de la caña... ¡si lo que allí se manda, se cumpliera! ¿Dónde habría felicidad comparable á la que disfrutaríamos los pacíficos habitantes de Madrid.

Pero no sucede así, y por ello sufrimos, entre otros, un tormento horrible, un martirio incesante, un suplicio no comprendido ni aun en el inmenso catálogo de los que Dante describe en su *Infierno*.

¿Queréis saber cuál es? Pues asomaos al balcón, salid á la calle, esconded en el último rincón de vuestra casa, y en todos esos sitios, á todas horas y en todos los tonos, que el más rabioso desentono produce, llegarán á vuestro oído esos gritos salvajes, esos alaridos feroces que los vendedores ambulantes aullan.

No es posible fijar aquí cuál sea el número de graznadores callejeros que turban nuestra paz, robándonos el sueño é interrumpiendo nuestros quehaceres á toda hora.

Savido es que este mal creciente, y al parecer incurable, tiene remedio conocido. Aplíquese, pues, en nombre de la humanidad.

A pesar nuestro, el asunto que motiva las anteriores líneas, y cuyos tristes efectos deplorarán con nosotros los lectores de esta desaliñada revista, nos ha distraído del fin que en un principio nos habíamos propuesto.

Queríamos hablar de algo que se intenta en provecho del prójimo, y nos hemos ocupado de todo lo contrario.

Esto no obstante, cumple á nuestro deseo decir cuatro palabras sobre este último punto. Nos referimos á un prospecto que ha llegado á nuestro poder, y por el cual hemos venido en conocimiento de que se ha instalado en Madrid una *comision general de compras y ventas por mayor y menor*, cuya especial combinación consiste en proporcionar dinero sin interés á todas las clases de la sociedad, para emplearlo en sus gastos ordinarios de subsistencia.

La *comision* presta dinero sobre cualquier efecto que lo valga, dando un *vale* que representa la cantidad, y que se cambia por artículos de consumo ó de otra especie en los establecimientos ó tiendas que se asocian al pensamiento. Los *vales* luego se realizan en dinero por los respectivos comerciantes en la *casa-comision*.

El propósito de esta sociedad es bueno, es digno y hasta humanitario, pero, á pesar de todo, creemos que no tocará el resultado, por el inconveniente gravísimo que desde luego se ofrece á nuestra consideración en el plan que aquella se ha trazado.

Difícilmente la persona necesitada que acuda á buscar una cantidad para sustentarse, á cambio de un objeto de valor material, resistirá á pasar por el trance en que se la pone de hacer que se conozca casi de público su miserable estado, puesto que los cita-

dos *vales* suponen desde luego que se han obtenido en una de esas angustiosas situaciones de la vida.

Si la *comision* evita este escollo, quizás preste un gran servicio á los pobres. De otro modo, juzgamos que han de ser ineficaces sus esfuerzos.

El imperio del temor á la publicidad en ciertos asuntos de la vida es tiránico.

En prueba de ello, y aunque no pertenece quizás al mismo orden de ideas, vamos á concluir refiriendo un lance ocurrido en New-York recientemente:

Hé aquí el caso. El gaceticero de un periódico de Alabama tuvo hace algunos días la humorada de decir en un suelto que «si *alguien* no le enviaba una botella de Champagne, tendría el gusto de *hacer público cierto asunto*».

Pues bien; el gaceticero, no sin asombro, recibió al día siguiente *siete* botellas de aquel espumoso vino, y otras tantas cartas, en las que se le suplicaba encarecidamente que no dijese, por Dios, nada del *asunto*.

E. de Inza.

OTRO ENEMIGO DEL ALMA.

Niñas, cuando cumplís los quince abriles y muñecas dejáis y pantalones, con ínfulas y trages mujerieles, es decir, de mujer con *espolones*, queréis, no solo de usos y perfiles, sino mudar también de corazones, y os dice una voz fuerte, muy fuerte, allá en vuestro interior: ¡Novio ó la muerte!

¡Desgraciadas mil veces! Aspid libio es más dulce que amor, rapaz infausto que en vuestras almas su veneno tibio vierte, como sacrilego holocausto, y cuando ya no halláis ningún alivio, todo remedio á vuestro mal exhausto, dáros un Amadis ¡traidor! le alega que os haga pasar la pena negra.

Entónces aprendéis los trampantojos de escribir billetes á escondite; entónces dais aceite á los cerrojos, porque papá al oírlos no se irrite, y andáis entónces todas con cien ojos, no estimando un reniego en un ardite, si al galán veis, á trancos ó á barrancos, en portales, balcon ó sotabancos.

¿Teneis por bueno á la sedosa trenza dar fiero trasquilón, porque el mocito, entre rubor y basicas y vergüenza, como amuleto la pidió bendito, y que á mamá después se la convenza, cuando dé con el cuerpo del delito, de que segó el mechón que sale á plaza de peinadora audaz torpe tezana?

Una mañana, con cualquier pretexto; de comprar algodón para calcetas, que en hacer no pensásteis, por supuesto, á un retratista vais: por tres pesetas copia en un santiamén el talle y gesto, os valen mil angustias las tarjetas, y á la postre, ¿por qué? Porque Amor quiso fuera el retrato en el mueble preciso.

Decid: ¿no os arredra y acoquina el estar á merced de una criada, la que, si no anda prontá la propina os deje á lo mejor en la estacada, descubriendo á mamá, torpe ó ladina, el escondrijo en que teneis velada de vuestro mútuo amor la quinta esencia, más claro, la feliz correspondencia?

¿Esto acaso es vivir? Siempre en un brete: bien: —¡que viene mal!—susto y zozobra. —Que dió cita á las cinco, y son las siete, y el tiempo que pasó no se recobra. —Que estando en el rellano el mozalvete alguno les sorprende en tal maniobra. —Riñas, moro en la costa, celos, lances... ¡Cuento de no acabar son los percanes!

¡Cuánto mejor, sin susto ni alharaca, se vive sin temor, gorda y rolliza! Si una muchacha veis que ojeras saca y está como alma en pena, amor la hechiza; pero si en vez de desvalida y flaca fresca y lúcia la veis, como suiza, en esa no echó amor hondas raíces, que le dió con la puerta en las narices.

Y eso de matrimonio... pero ¡chito! que es más grave el asunto que parece: no entremos en vedado, no, pasito, que el gremio de maridos se extremece; lo veo desde aquí mústio y contrito; quédese, pues, en paz, y yo en mis trece, y vosotras, huries hechiceras, no creais lo que digo, aunque es de veras.

Julio Monreal.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Un despacho de Wiesbaden anuncia que el tratado concluido con la *Sociedad del juego* ha sido sancionado por el rey. El juego continuará durante cinco años, mediante el pago de un millon de thalers (14.420,000 rs vn.), satisfechos por la caja de los establecimientos de baños de Wiesbaden y de Ems.

La noticia nos parece sino precisamente moral, altamente útil. Ya saben los *puntos* que tienen que pagar catorce millones y medio, además de todos los gastos de las fiestas, y las seguras ganancias de la banca empresaria. El cálculo puede ser tan útil á los aficionados como la mejor plática contra el horrendo vicio del juego.

Dicen de Roma que el nuncio de Su Santidad en París, Mons. Chigi, está comprendido entre los quince cardenales que serán preconizados en el consistorio de 30 de Marzo próximo.

Escriben de Melun (Francia), que en un carruaje celular fué trasportada el día 17 á la casa de detención de Auterive (Alto Marne) Mad. Frigard, donde decididamente debe sufrir la pena la célebre condenada. Así se termina el drama comenzado en el bosque de Fontainebleau, que tan vivamente impresionó el verano último la opinion pública.

Mad. Frigard no ha proferido una sola palabra al dejar la cárcel de Melun, y llevaba, al subir al carruaje, el mismo traje que vestía en el momento de su condena en el mes de Agosto último.

El Consejo de Estado del vecino imperio, en su seccion de agricultura, comercio y obras públicas, acaba de aprobar un proyecto que merece ser conocido en España. Tiene por objeto reducir á 3 francos por cabeza el derecho de importacion de 25 por cabeza que ahora pagan los caballos. Esta disposicion parece tomada en vista de que la alimentacion, por medio de la carne de caballo se ha extendido

considerablemente en Francia, á causa de la carestía de las subsistencias.

La administracion de las yeguas dicen que se fundará en esta consideracion para pedir un aumento de crédito destinado á estimular la produccion del caballo de guerra y del caballo de comercio.

Un periódico ruso, el *Mensajero de Cronstadt*, dice, á propósito de las experiencias verificadas en Inglaterra con los torpedos submarinos:

«Ensayos idénticamente semejantes hemos hecho en Cronstadt, hace ya algunos años, con el navío acorazado de hélice el *Oponit*.

Estos ensayos fueron propuestos por el mayor general baron E. Tieschhausen, del cuerpo de ingenieros naváes, y se verificaron segun sus indicaciones, y lo mismo que los que acaban de tener lugar en Portsmouth, fueron coronados por el éxito mas satisfactorio.»

Debe ser, en efecto, una singular satisfaccion la de ver saltar hecho astillas un gran buque que ha costado millones, sólo por hacer un ensayo *satisfactorio*, y el mundo económico é industrial debe oír con regocijo estas noticias, que tan alto hablan en favor del progreso humano y de la civilizacion!

Las córtes de Inglaterra, Prusia é Italia se harán representar en la triste ceremonia de las exequias del emperador Maximiliano. Se asegura que el emperador Napoleon enviará tambien uno de sus ayudantes de campo.

La emperatriz Carlota ha sido informada hace algunos días, por el rey y la reina de los belgas, de la espantosa catástrofe de Querétaro.

El primer movimiento del alma de la emperatriz se expresó por un agudo grito de dolor, á que siguieron inmediatamente abundantísimas lágrimas. Después, recobrando toda la firmeza de su carácter, la emperatriz ha entrado en un período de calma, y ha dicho que hace algun tiempo que sospechaba habria ocurrido una gran desgracia.

En seguida pidió sus vestidos de luto.

Desde entónces la reina de los belgas no abandona un momento á su cuñada, que ha soportado esta gran prueba, sin que por fortuna su salud haya sufrido grave alteracion.

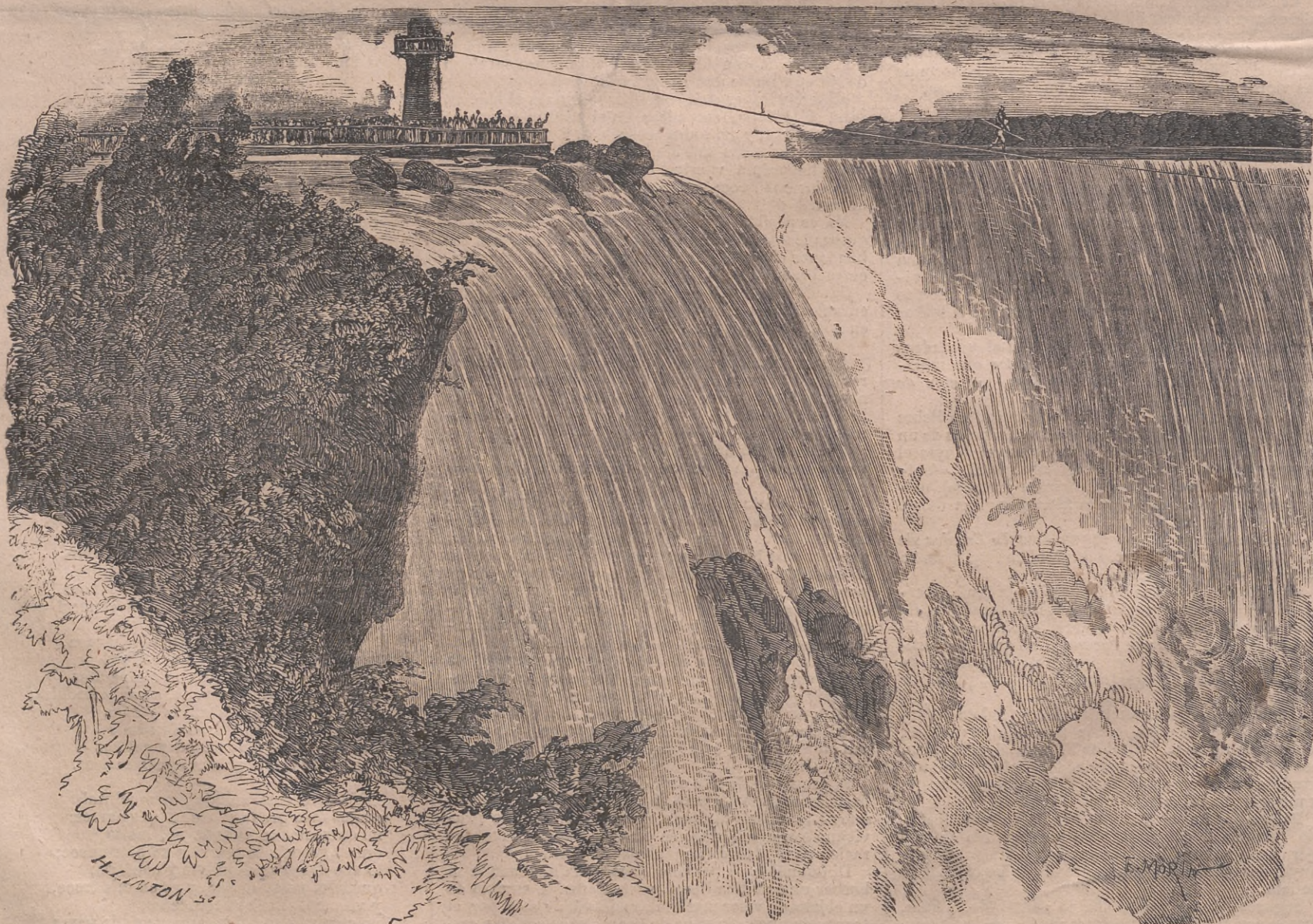
GALERÍA DE KHALIL-BEY.

Nuestros artistas y aficionados á las bellas artes verán, sin duda, con gusto la siguiente lista de los cuadros enajenados en la segunda venta de la magnífica galería de Khalil-Bey, en París:

Las aldeanas del valle de Ossan, de Roqueplan, en 2,300 francos; El puente de la isla de San Luis, del mismo, en 1,450; Paisaje, de Cabat, en 600; Paisaje, puesta de sol, de J. Dupré, en 2,650; Vanguardia, de Petenkoffen, en 1,550; Caza del jabalí, de C. Vernet, en 2,300; El barquero del Oise, de Daubigny, en 2,500; Una joven bañándose, de Courbet, en 3,700; La caza del corzo, del mismo, en 1,800; El corzo en la red, del mismo, en 4,000; El zorro, del mismo, en 3,400; El mensaje, de Leys, en 8,100; Leyenda escocesa, de E. Delacroix, en 3,750; Educacion de Aquiles, de Delacroix, en 3,000; San Sebastian, del mismo, en 10,000; El abrevadero, del mismo, en 15,000; Asesinato del obispo de Lieja, del mismo, en 46,000; El Tasso en la cárcel de locos, del mismo, en 16,500; Una mujer dormida, de Ingres, en 1,550; Mujer echada, pareja de la anterior, del mismo, en 3,000; El baño turco, del mismo, en 20,000; Venus, del mismo, en 5,000; La etapa solitaria, de Meissonnier, en 11,500; Los aficionados á la pintura, del mismo, en 31,000; El tocador de guitarra, del mismo, en 16,000; El mercader de ropa, de Gérôme, en 21,000; Luis XIV y Molière, del mismo, en 15,000; Los aguadores, de Troyon, en 5,500; Pradera normanda, del mismo, en 6,500; Paisaje, del mismo, en 4,000; El otoño, del mismo, en 1750; La verdad, de Prud'hon, en 2,150; Pastora y carneros, de Tchaggeny, en 6,700; Una estatua de mármol de tamaño natural, de H. Clessinger, en 17,000.

MADRID: 1868.—Editor responsable, R. Berenguillo.

Establec. tipográfico de LOS SUCESOS, á cargo del mismo, Torres, 4, duplicado.



CASCADA DEL NIÁGARA.